

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“Estos textos salieron de forma natural, así no más, sin querer. Como cuando se pone a llover sin aviso. Como una lluvia que te pillas desprevenido sin paraguas”, dice Colombina Parra sobre los escritos que conforman su libro **Otro tipo de música**, recién publicado por Random House. Arquitecta, curadora, cantante, compositora, su carrera artística había estado ligada hasta ahora a la música, en el grupo Los Ex y también como solista, cultivando los sonidos y la imagen del rock alternativo y el punk.

“Me vestí como hombre por varios años para pasar desapercibida en el mundo de los hombres. Canté como hombre y toqué como hombre, y todas las letras estaban cantadas desde un yo masculino porque no quería ser la que cantaba sobre amor y desamor”, escribe la quinta hija de Nicanor Parra, la que, de haber sido hombre, se habría llamado Pierrot. “Por entonces mi padre estaba metido en la comedia del arte y no me quedó otra que llamarme como el amor de Pierrot, Colombina”, se lee más adelante. Y a ese nombre, su padre sumó los de “las mujeres que más quería”: Violeta, su hermana ya muerta, y Clara, su madre, la abuela que, “sentada en la cama y apoyada en sus cojines de telas de todos colores”, le dio a la niña Colombina las primeras lecciones de guitarra.

Algunos de solo dos líneas y de dos páginas los más extensos, los escritos de Colombina Violeta Clara Parra Tuca (Santiago, 1970) se van sumando sin orden cronológico y con temas diversos, alternando recuerdos de distintas etapas de la vida con experiencias y observaciones de la actualidad. Una especie de biografía en fragmentos. “Sí, tiene un poco de eso, sin querer. O quizás es una vida fragmentada. Algo de *big bang*. Algo de mirar una constelación desde la tierra”, admite. Pero agrega un elemento que completa el libro: “Yo creo que es algo más parecido a una atmósfera. Lo importante no es, creo, lo que se cuenta, sino lo que rodea a eso que se cuenta. Es una sonoridad que no quiere imponerse, una mirada de observación sin juicio. No me interesa tanto lo que sucede en la historia, sino más bien lo que deja de suceder o lo que directamente no sucede. Lo que no alcanza a verse, pero se percibe”.

Libertad en el encierro

Aunque es “otro tipo de música”, el ejercicio de escritura es similar. “Trabajo con las palabras desde siempre —señala—. A veces puedo estar tres días en una letra que termino desechando. Otras veces sale de golpe y no hay que corregir prácticamente nada”. Y agrega: “Todas mis canciones son relatos. ‘La corbata de mi tío’, un relato, ‘Vamos a almorzar’, un relato, y así. Relatos con distintas voces. Casi siempre masculinas. Esta vez resultó que fue femenina. Cuando me tocó montar y leer en partituras la obra ‘Four Six’, de John Cage, sentí que tenía permiso para sacar sonidos de otro lado. Silenciosos sonidos que se leen. Es como descifrar un paisaje con los ojos cerrados. En la escritura hay sonidos”.

También aparecen en sus textos el estallido de 2019 y la pandemia con sus cuarentenas. Realidades que, de alguna manera, fueron el motor de este libro. “Sí, claro que fueron el motor —reconoce—. Especialmente me afectó el encierro y el habérmelo tomado demasiado en serio como una limitación con la cual trabajar. Quise no ver la

luz del día y ponerme tanto límite como el que no tuviera ni siquiera un balcón para salir a mirar el cielo. Pensaba en la gente de los *blocks*. Pensaba en la gente que vivía en un espacio reducido sin naturaleza. Pensaba en que para ellos sí que sería difícil ese momento”.

El resultado fue más allá de estas páginas. “Componer en el encierro te pone obligadamente a inventar formas de libertades para resistir —explica—. Hice un disco de hip hop experimental después de ver un documental de los Beastie Boys; un disco de canciones muy irreales con sintetizador después de estar mucho rato sumergida en el *underground* de los 80 de Inglaterra y Chile. Trabajé en una obertura a una obra de Iván Navarro que se publicó por su sello, y que me llevó a la ópera. Terminé lo que alguna vez había dejado inconcluso. Dentro de esas formas de libertades fueron apareciendo también estas historias”.

El fantasma del padre

“Estaba en el encierro y salí a comprar pan y a la vuelta de la esquina me encontré con mi padre. Llegué a la casa de vuelta con el corazón agitado y me puse a escribir la primera historia”, cuenta sobre “Recordándote”, el texto que abre el volumen y que narra su encuentro con un hombre mayor que le evoca a su padre, muerto en enero de 2018, a los 103 años.

—Aunque no aparezca en todos los textos, ¿siente que este libro está habitado y recorrido por su padre?

—Sí, él está ahí. Él es el fantasma que está en todo lo que hago. Quiera o no lo quiera, él está siempre. Es una voz que sopeso con la del resto. Por eso elegí esa frase de Roland Barthes: “Nunca se consigue hablar de lo que se ama”. Siempre es aproximado lo que digas con las palabras. Las palabras siempre te traicionan. Se las arreglan para sacarte la lengua.

“Te quiero y no me voy a olvidar nunca de tus ojos cerrándose hasta dormir”, escribe en “Despedida”, uno de los textos más emotivos. Acerca de cómo lleva esa ausencia, señala: “No hay ausencia, solo presencia. Mi padre está en cada nota que toco. En cada palabra que escribo”.

—En su libro parecen convivir una voz adulta y la de una niña que vive en los recuerdos. ¿Una mujer débil que se hace la fuerte?

—Siempre me he sentido más cercana a la debilidad que a la fuerza. Más cercana al *loser* que al triunfador, pero tengo que recordar que la que escribe, escribe desde un yo, pero no necesariamente ese yo soy yo misma en carne y hueso. Pueden ser varias voces, incluso voces que no existen. Estas son como unas conversaciones telefónicas que no quieren ser más que eso. Son fotografías que se vienen a la cabeza. Finalmente son sueños. Alucinaciones.

Hay, sin embargo, recuerdos dramáticos narrados con una objetividad o distancia que llaman la atención, como cuando, a los doce años, se quemó con el agua hirviendo de una tetera. Su propósito, dice, no es exorcizar esos recuerdos. “No, por suerte no. En el exorcismo hay algo malo que quieres sacar de adentro tuyo, y yo acá lo

ENTREVISTA | Arquitecta, cantante, compositora, curadora

Colombina Parra:

“Escribo entremedio de la vida”

La quinta hija de Nicanor Parra, la más cercana y a quien el antipoeta nombró su albacea, publica **Otro tipo de música**, un conjunto de relatos breves, diversos y sin orden cronológico que dan vida a una especie de biografía en fragmentos.

“No hay ausencia, solo presencia.

Mi padre está en cada nota que toco. En cada palabra que escribo”.

Mientras escribo siento que estoy nadando en agua tibia. Es como estar paseando por un jardín encantado sin tener que subirme a un avión ni comprar un boleto”.

Siempre es aproximado lo que digas con las palabras. Las palabras siempre te traicionan. Se las arreglan para sacarte la lengua”.

La ironía es una buena herramienta para salir del yo pedante, sagrado, elevado e impenetrable. Poner en duda lo que tú mismo crees es lo mejor de la ironía”.

estoy pasando bien. Mientras escribo siento que estoy nadando en agua tibia. Lo hago porque es como estar paseando por un jardín encantado sin tener que subirme a un avión ni comprar un boleto. Es algo más parecido a la meditación. A no pensar. A mirar como revolotea una mariposa. A mirar un lago”.

—Hay textos muy breves que son como alfilerazos. ¿Cómo surgen? ¿En qué circunstancias escribe, en general?

“Escribo casi siempre cuando dejo de hacer otras cosas. En vez de fumarme un cigarro, escribo. Escribo entremedio de la vida. Los textos breves los encuentro por error. Una vez que me entrego al error, lo leo y lo releo y tacho. Es el inconsciente el que dejó salir casi siempre. Dejo que se haga presente y yo solo pescó algunas cosas. El consciente solo elige qué de eso deja. Trabajo por descarte. No sé si le achunto, pero así lo hago”.

En cuanto a sus referentes, la lista es larga, y en ella se mezclan músicos y escritores. “Me gusta mucho Jhumpa Lahiri, su tono apacible. El tono de Bertrand Russell en las cartas que responde a sus admiradores, la calma. A veces hay referentes que ni siquiera sabes que existieron pero están almacenados en tu inconsciente. Una música que nunca supiste de quién era y que al oírlo ocurrió una especie de iluminación que quedó guardada. También me gusta mucho Patti Smith, **Cuando éramos unos niños**; cuando tuve que abrir su concierto pensé que ya me podía morir tranquila. Ella es un referente que cubre una parte del espectro y hay otras partes que necesitan ser completadas, por ejemplo, con Fernando Pessoa o Rulfo o John Keats o Lao-Tse; Brian Eno, Syd Barrett, Sakamoto o Ian Cur-

tis. Algunos poemas de William Carlos Williams. Otros de Macedonio Fernández. Otros de Jaime Luis Huenún. Un tema de Durutti Column o de Throbbing Gristle”. E incluso más: “También un referente puede ser un personaje que vi en la calle y que no alcancé a analizar como quería. Una pintura o un maestro carpintero con el cual paso horas conversando sobre su vida mientras vamos parando una casa”.

Y sobre el líder de los Rolling Stones, quien protagoniza uno de sus textos, dice: “Mick Jagger salía a buscar referentes a las discotecas y copiaba pasos de bailes de desconocidos. Como yo no puedo ir a las discotecas, le copio directamente a Mick Jagger su trote antes de salir al escenario”.

En “Ignorancia”, Colombina Parra le recomienda la lectura de “Un sabio chino”, de Oscar Wilde, a una persona que la ha tratado a ella de ignorante. “Ahí se habla de que la verdadera sabiduría ni se enseña, ni se aprende —explica—. Es un estado espiritual que solo consigue el que vive en completa armonía con la naturaleza. Se dice que el saber es somero si lo comparamos con la grandiosidad de la ignorancia, pues ‘solo lo que se ignora tiene valor’; ‘solo razona’, se dice por ahí, ‘el intelectualmente perdido’. Y aquí estamos razonando todo el tiempo, yo misma estoy razonando en esta entrevista y no debiera”.

A través del sabio chino Chuang Tzu del relato de Wilde se llega a Lao-Tse, su maestro, y al **Tao Te King**, lectura clave para Nicanor Parra. “Un libro te puede salvar la vida”, asegura Colombina. Y agrega: “Si me preguntas si el **Tao** debiera ser un libro de primera necesidad, yo te contesto que sí, que ese libro debiéramos andarlo trayendo así como andamos con el celular en el bolsillo. Puedes andar con el celular y ser un desdichado, pero puedes andar sin celular y con el **Tao** en el bolsillo, y ya no eres desdichado. Muchos libros te pueden salvar la vida, pero ese te salva de la vida y de la muerte. Es un tanque de oxígeno”.

—¿De dónde provienen la mirada crítica y la ironía que también se encuentran en varios de sus textos?

—No lo sé. ¿O quizás sí? De mi padre, quizás sin querer queriendo. Me crie en la ironía. No lo digo como algo bueno, porque a veces la ironía puede estar un poco emparentada con el *bullying*. Cuando el *bullying* es a uno mismo está bien y puede hacer que todo lo que se escriba desde el yo se neutralice. Es una buena herramienta para salir del yo pedante, sagrado, elevado e impenetrable. Poner en duda lo que tú mismo crees es lo mejor de la ironía. La vida misma es una ironía. Me gusta mucho la ironía de Jorge González (Los Prisoneros), que bordea la falta de respeto, aparentemente; que hace creer al otro que se está pasando de la raya, pero no. Parece que es mi referente más cercano, aunque soy una mala plagiadora de Jorge González. Wilde es un maestro de la ironía. Marcel Duchamp, John Cage, Maurizio Cattelan. Hilda Parra, por lejos la más irónica de todas.

Una invitación al abismo

En “Escribir”, Colombina Parra duda “sobre lo que escribo, sobre el real interés en lo que busco”. Y esa falta de pretensión, esa naturalidad, le da más fuerza a sus textos. “Tengo puesta tu bala en mi cabeza”, se lee en la primera línea de “Catrillanca”, un verdadero poema sobre el homicidio del comunero mapuche. “Traté de escribir la impotencia que sentí de no ser ese tractor para haber podido salvarlo —afirma—. Si hubiera sido ese tractor duro me habría abierto para poder cubrirlo como una madre”. En “Cisnes de cuello negro”, en tanto, recuerda cuando acompañó a su padre a la última clase del año en la Universidad de Chile y cómo, en la despedida, el antipoeta exhortó a sus alumnos a “defender a los últimos cisnes de cuello negro que van quedando en nuestro país: a patadas, a combos, a lo que venga”. En ese mismo texto, Colombina cuenta que nunca antes había votado, hasta que lo hizo por la “opción verde” para escribir una nueva Constitución. Y en “Elecciones”, deja abierta una posibilidad: “Si nadie votara/ Algo en verdad pasaría”. “En realidad, lo que hace ese texto es invitar a imaginar —explica—. Es una conversación en secreto. Es una invitación al abismo. Ponernos enfrente del abismo. ¿Para qué? No lo sé. Quizás el abismo tenga algo que proponernos”.

—También hay textos en los que recuerda con cariño a varios escritores amigos de su padre. ¿Fue una época dorada o de luces y sombras?

—Las luces y las sombras son creadas por la imaginación. Nada es realmente como uno cree que es. Los escritores que aparecen son parte de la foto. Era imposible saltárselos; sin ellos no hay relatos. Sin Borges, por ejemplo, el relato de la corbata no tiene sentido. Con respecto al cariño, yo solo soy un operador que transmite esas imágenes. El yo es una cámara de fotos. A veces hay cámaras de fotos que funcionan mal, eso sí, y les da por ponerse sentimentales. Cuando ocurre eso, hay que sacarles las pilas, golpearlas y volverlas a poner. Pero mirándolo con distancia, desde afuera, en este libro hay cariño, y el cariño es amor. Quizás este libro es lo más parecido a una canción de amor.



OTRO TIPO DE MÚSICA
Colombina Parra
Random House,
Santiago, 2022,
185 páginas,
\$14.000.
RELATOS



FRANCISCO JAVIER OLEA